

P. Navascués

# El Camino de Santiago

Primera edición: 1971

Segunda edición: 1977

Tercera edición: 1986

Copyright © 1986 by Editorial La Muralla, S. A.

Constancia, 33. 28002 Madrid

Diapositivas: Archivo Editorial La Muralla, S. A.

ISBN: 84-7133-234-5

Depósito legal: M-5831-1986

Imprime: Grafur, S. A. Paracuellos del Jarama (Madrid)

«Cuando las apacibles lluvias de abril penetran en la sequedad de marzo y calan en las entrañas de la tierra..., cuando las avejillas impulsadas por la naturaleza entonan sus armoniosos cánticos, ha llegado el momento tan anhelado por la gente para emprender peregrinaciones y visitar remotos países y célebres santuarios.»

Así comienza Geoffrey Chaucer (1340-1400) sus famosos «Cuentos de Canterbury», que no son sino una serie de narraciones que, para hacer más grato el camino hasta Canterbury, van exponiendo los diferentes miembros de un grupo de peregrinos devotos de Santo Tomás Becket.

La alusión a la primavera, como tiempo especialmente propicio para realizar la peregrinación, es el primer dato a tener en cuenta antes de ponerse en camino, sea cual fuere la dirección escogida. En esta ocasión no se trata de ir al sepulcro del mártir inglés, sino al del apóstol Santiago, que la tradición ha localizado en un pequeño lugar de Galicia, en el Campo de la Estrella (*Campus Stellae*), es decir, en la actual Compostela.

No vamos a entrar en la espinosa cuestión de sobre si se encuentra allí efectivamente o no el sepulcro del Apóstol, puesto que aun en el caso de respuesta negativa, nada iba a cambiar en nuestro pasado histórico, que actuó como si realmente descansara en aquel lugar el cuerpo del Santo. Hacemos nuestras las palabras de Sánchez Albornoz cuando dice en su «España, un

enigma histórico»: «La realidad de la presencia del cuerpo de Santiago en Compostela no habría producido resultados de mayor relieve histórico que los provocados por la fe clara, firme, profunda, exaltada que tuvieron los españoles, y los europeos durante muchos siglos, en la milagrosa arribada de los restos apostólicos a tierras de Galicia. La fe remueve las montañas. Poco importa que el sepulcro compostelano sea o no el sepulcro del Apóstol. Si allí hubieran yacido en verdad los restos de Santiago y la cristiandad lo hubiera ignorado, la fecundidad histórica de tamaña reliquia habría sido nula. Creyeron los peninsulares y creyó la cristiandad y el viento de la fe empujó las velas de occidente y el auténtico milagro se produjo.»

La leyenda sobre la predicación de Santiago el Mayor en España arranca del siglo XII, aproximadamente, y en ella se dice que hacia el año 810 fue descubierto el sepulcro del Apóstol en Iria (Padrón). Poco después, en el siglo XIII, dicha leyenda se vio reforzada por la de la aparición de la Virgen a Santiago, a orillas del río Ebro, en Zaragoza. Todo ello parece arrancar, a su vez, de un escrito del siglo VII atribuido a San Isidoro de Sevilla (*De ortu et obitu Patrum*), en el que se dice textualmente que Santiago «predicó el Evangelio a las gentes de España y de los lugares occidentales». Sin embargo, existen otros muchos testimonios de peso que contradicen a éstos, y como muy bien resume Ubieto, quizá el culto de Santiago en Galicia no sea más que «una cristianización de un culto pagano, posiblemente el culto a Júpiter». Así quedaría en parte explicado el sobrenombre de «el hijo del trueno», que lleva Santiago, y que sería el equivalente al de «dios tonante», de Júpiter.

Lo que sí es cierto es que las excavaciones realizadas hace algunos años en la misma catedral compostelana, nos han descubierto un rico y variado subsuelo con restos funerarios y religiosos, romanos, paleocristianos y suevos. No es extraño ni excepcional el hecho de que durante siglos un mismo lugar haya servido de asiento a cultos diferentes, que muchas veces no es sino el mismo, transformado y adaptado a unas concretas necesidades litúrgicas. Da la impresión de como si el lugar mismo estuviere impregnado de una cierta atmósfera divina, que ejerciera una poderosa y secreta atracción de índole religiosa hacia sí.

Pero dejemos a un lado toda comprobación arqueológica que para nada afecta a la «realidad» jacobea y a lo que representó en la Edad Media, y aun después, el hecho incuestionable de la peregrinación a Santiago. Volvamos al mito, a la historia o a la leyenda, que en todas ellas hay algo de aprovechable. En el año 810, siendo rey de Asturias Alfonso II el Casto, el obispo Teodomiro encontró unos restos óseos que dijo ser los del apóstol Santiago. Inmediatamente se levantó una primera basílica, que después Alfonso III transformaría y ampliaría (893).

Muy pronto el culto a Santiago iba a transformarse en todo un símbolo en la lucha contra el dominio musulmán, convirtiéndose en el paradójico «Santiago matamoros». En efecto, la serie de victorias favorables a los reyes cristianos durante el siglo X hicieron pensar en la divina protección de Santiago, cobrando con ello gran aliento y moviendo a los reyes, clérigos y pueblo a hacer donaciones y votos al celestial protector. Ni siquiera la terrible campaña de Almanzor, que llegó hasta la misma sepultura del Apóstol, destruyendo la iglesia y llevándose consigo sus campanas (997), consiguió hacer flaquear la fe, pues de auténtica fe se trataba, en el auxilio de Santiago. La muerte de Almanzor y las divisiones internas del Al-Andalus, con el consiguiente progreso en la dura tarea de la Reconquista, aumentó la confianza en el Santo. Su nombre corre de boca en boca y no ya sólo dentro del reino Asturleonés, sino que de él se habla ya en los reinos de Castilla, Navarra y Aragón, y aun más allá de los Pirineos. Muy pronto empiezan a llegar a Compostela hombres de muy diferente condición y origen. Santiago necesita una iglesia mayor para dar cabida a tantos peregrinos, y surge a lo largo de los siglos XI y XII el magnífico y noble edificio que durante siglos fue el imán que atrajo, sí, peregrinos, pero llegando con ellos también otros muchos aspectos que hicieron posible un cierto renacimiento cultural, que va desde lo literario hasta lo arquitectónico. El camino de Santiago, puede decirse, fue el cordón umbilical a través del cual todo el norte de la Península se nutrió y estuvo culturalmente vinculado a Europa, acercando así, como dice Chueca, «lo que los Pirineos separan».

Durante estos dos siglos se fueron fijando una serie de rutas, levantando puentes, construyendo hospitales y hospederías, monasterios, e incluso pueblos

enteros que deben su existencia a su establecimiento sobre el camino de Santiago son las ciudades de desarrollo longitudinal que Torres Balbás llamaba «itinerarias». Por su parte, los reyes favorecieron continuamente la repoblación a lo largo del camino, y así surgieron ciudades como Santo Domingo de la Calzada, y tantas otras que llevan el apelativo «del Camino». El establecimiento de la Orden de Cluny en España, que abrió muchas casas a lo largo del camino hacia Compostela, la creación de la Orden militar de Santiago, que tuvo entre otros fines el de la defensa de los peregrinos, el creciente comercio que fue abriéndose paso a través de la ruta, etc., aumentó la seguridad e importancia del Camino de Santiago. El hecho más sorprendente y que da idea de la trascendencia de la peregrinación jacobea es la existencia de una guía del peregrino escrita en el siglo XII por el francés Aimery Picaud, y que forma parte del *Codex Calixtinus*, del que más adelante se hablará. El propio Papa Calixto II (1119-1124) instituyó el Año Santo Jacobeo, y su sucesor, Alejandro III (1159-1181), por medio de la Bula *Regis Aeterni*, otorgó la gracia del jubileo a quienes visitasen el templo durante dicho Año Santo. Todas estas prerrogativas fueron haciendo de Santiago de Compostela una especie de segunda Roma, que explica el colosal esfuerzo de aquellos peregrinos venidos del norte y centro de Europa hasta ese rincón de Galicia.

Este es el milagro y esta es la fe de la que hablaba Sánchez Albornoz.

Durante toda la Edad Media Santiago siguió moviendo a miles de personas hasta su iglesia, pero ya en el siglo XVI empezó a declinar, quizá porque un nuevo concepto de lo religioso se impone; quizá porque el constante acicate que ha sido para la devoción al Santiago «matamoros» la presencia del mundo musulmán ha desaparecido tras la toma de Granada; en fin, quizá por otras muchas razones, como las guerras de religión, etc., el hecho es que la peregrinación a Santiago ya no es la de siglos atrás. Se mantuvo durante el siglo XVII, y con cierto auge en el XVIII, pues no puede explicarse el gigantesco esfuerzo económico que supuso levantar la colosal fachada del Obradoiro si no existieran todavía unos ingresos y beneficios debido al peregrinaje. Durante el siglo XIX decae evidentemente la peregrinación a Santiago y solamente la Bula *Deus Omnipotens*, de León XIII, expedida en 1878 sobre la autenticidad de las reliquias compostelanas, dio cierta actualidad al tema de Santiago. Cuatro

años después, el padre Fita publicaba por primera vez la inestimable «Guía» de Aimery Picaud.

Pero ha hecho falta que la moderna política del turismo con sus campañas propagandísticas, el confort de los hoteles y la facilidad del transporte, así como la publicación de serios trabajos sobre el Camino de Santiago, tales como los de Vázquez de Parga, Lacarra y Uria («Las Peregrinaciones a Santiago de Compostela»), la institución de un centro de Estudios Jacobeos y de un Patronato Nacional del Camino de Santiago, para que éste vuelva a recobrar para el hombre de la calle un cierto interés. Sin embargo, no nos engañemos, nuestro acercamiento a Santiago tiene otros resortes que no son precisamente el religioso.

Recordemos lo que Emilia Pardo de Bazán escribía al comienzo de su cuento «El Peregrino»: «Muy lejanos, muy lejanos están ya los tiempos de la fe sencilla, y sólo nos lo recuerdan las piedras doradas por el liquen y los retablos pintados con figuras místicas de las iglesias viejas.»

A pesar de todo, intentemos una vez más acercarnos a la realidad del Camino de Santiago y veamos lo que una fe viva y constante ha ido acumulando durante siglos a lo largo de esta ruta.

Dejamos a un lado tantos y tantos caminos de Santiago que, partiendo de diversas ciudades europeas, iban alimentando como los subafluentes de un río principal al que entre nosotros se llamó «camino francés». El difícil paso de los Pirineos obligaba a los peregrinos procedentes de distintas latitudes a pasar por dos puntos principalmente: Somport y Roncesvalles. Estos dos ramales iban, a su vez, a encontrarse muy pronto en el obligado paso de Puente la Reina, en Navarra. Desde aquí, la peregrinación se hacía por la misma ruta, es decir, por el camino francés hasta el mismo Santiago. La denominación de camino francés alude a tantos y tantos «francos» que se establecieron en él, al gran número de peregrinos procedentes de aquella tierra, y en fin, a la europeización de origen también francés, que transformó y enriqueció la vida de los reinos de Aragón, Navarra y Castilla. Hubo un tiempo en el que las sedes estuvieron ocupadas sólo por obispos franceses, al igual que las abadías y prioratos, nuestras reinas eran también de origen francés y francesa era la poderosa Orden de Cluny, establecida y traída a la Península por los monarcas,

desapareciendo así paulatinamente la tradición y la cultura isidoriana. Hasta la propia escritura visigoda fue sustituida por la francesa, la elegante y ordenada letra carolina. De todo este proceso europeizante fueron los monarcas, desde Sancho el Mayor de Navarra hasta Alfonso VI de Castilla, sus principales impulsores.

Por otro lado, se le llamaba camino francés para diferenciar esta ruta, que era la principal, de otros menos frecuentados, tal como la que recorría por tierra la cornisa cantábrica, o de los caminos que venían de Portugal por Braga y Tuy, o el que aprovechando la antigua Vía de la Plata romana venía por Salamanca y Zamora a unirse en León con el camino francés. Otros muchos caminos y ramales unían esta vía principal, como santuarios y ciudades que guardaban celosamente reliquias de santos o conservaban tradiciones devotas. Entre las desviaciones más frecuentes están las que conducían a Zaragoza, o a Oviedo, pero hubo otras muchas que daban a la peregrinación un movimiento de zigzag. A partir del siglo XIV, un nuevo santuario, el de la Virgen de Montserrat, enriquece y fuerza los caminos jacobeos, de modo que los peregrinos venidos de Provenza e Italia tomaban la Vía Augusta, y después de atravesar Barcelona y Tarragona buscaban hacia Occidente su unión con el camino francés. Tampoco puede desconocerse finalmente que existió un camino marítimo que, tocando en los puertos de Castro-Urdiales, Santillana, Ribadeo, etc., llegaban por la ría de Arosa hasta el mismo valle del río Ulla, hasta Padrón, lugar por el que entraron los discípulos de Santiago llevando consigo el cuerpo del Apóstol.

Nuestro recorrido se va a concretar a ese camino francés desde el Pirineo hasta Compostela, y para ello acudiremos repetidas veces a la citada «Guía» de Aimery Picaud, escrita hacia 1140 e incluida en el libro V del conocido *Codex Calixtinus*, llamado también *Liber Sancti Jacobi*. El primer nombre le viene de una carta apócrifa atribuida al Papa Calixto II, que sirve de prefacio o introducción a los cinco libros de que consta el escrito.

Mucho podría escribirse del famoso texto de Picaud, de su visión de la «España negra» —como dice Gaspar Gómez de la Serna—, de los detalles anecdóticos, descripciones de pueblos, avisos de peligros, etc., pero nos interesa aquí sobre todo aquellos pasajes que hacen alusión a las etapas, a la di-

visión del tiempo y del camino, pues ambos han de ir muy bien conjuntados para el feliz término de la peregrinación. Los peregrinos recorrían en una jornada unos 35 kilómetros aproximadamente, pero ello no quiere decir que todos los días hicieran ese mismo recorrido. Unas veces por descanso, otras por enfermedad, bien por salirse de la ruta principal para visitar otros santuarios famosos, bien porque las condiciones climáticas lo impidían, el hecho es que en la peregrinación se invertían meses, años e incluso para algunos, como «El peregrino» de la Condesa Pardo de Bazán, toda la vida.

Por su interés, transcribimos los siguientes párrafos de la «Guía» de Picaud, que nos dicen, de modo breve, la dirección, los lugares y las etapas del camino francés:

«Desde el Somport a Puente la Reina hay tres pequeñas etapas: la primera va de Borce, que es una aldea situada al pie de Somport, en la vertiente gascona, hasta Jaca; la segunda va desde Jaca hasta Monreal; la tercera, de Monreal a Puente la Reina.» En este último lugar se unía con el camino que descendía por Roncesvalles, cuya descripción por Picaud hasta Compostela es la siguiente: «Desde las puertas de Cisa hasta Santiago hay trece etapas: la primera va desde el pueblecito de San Miguel, que está al pie de los Puertos de Cisa, en la vertiente gascona, hasta Viscarret, y esta etapa es corta; la segunda va desde Viscarret hasta Pamplona y es breve; la tercera va desde la villa de Pamplona hasta Estella. La cuarta, de Estella a Nájera, se hace a caballo; la quinta, de Nájera a la ciudad de Burgos, se hace igualmente a caballo. La sexta va de Burgos a Frómista. La séptima, de Frómista a Sahagún; la octava va de Sahagún a la villa de León; la novena va de León a Rabanal; la décima, de Rabanal a Villafranca, a la desembocadura del río Valcarce, después de haber franqueado los puertos del Monte Irato; la onceava va desde Villafranca a Triacastela, pasando por los pasos del Monte Cebrero; la duodécima va de Triacastela a Palas del Rey, y en cuanto a la decimotercera, que va de Palas del Rey hasta Santiago, es corta.»

Ni que decir tiene que todas estas etapas difieren entre sí tanto por su longitud como por las dificultades mismas del terreno, dividiéndose a su vez cada una de ellas en varias jornadas. El hecho mismo de ir a caballo o a pie cambia totalmente la división hecha por Picaud. Esta tiende sobre todo a

orientar y avisar al peregrino sobre lo que va a ir encontrando en su lento caminar. En este sentido, leemos allí mismo esta descripción más detallada: «Primeramente, al pie mismo del monte de Cisa está sobre la vertiente gascona el pueblo de San Miguel, enseguida, después de haber franqueado la cumbre de este monte, se llega al hospital de Rolando; después a la villa de Roncesvalles, enseguida se encuentra Viscarret, después Larrasoaña, después la villa de Pamplona; después Puente la Reina; después Estella, donde el pan es bueno, el vino excelente, la carne y el pescado abundantes y que disfruta de toda felicidad. Se pasa enseguida por Los Arcos, Logroño, Villarroya; después se halla la villa de Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Redecilla del Camino, Belorado, Villafranca, el bosque de Oca, Atapuerca, la ciudad de Burgos, Tardajos, Hornillos del Camino, Castrojeriz, el puente de Itera, Frómista; Carrión, que es una villa industriosa y próspera, rica en pan y vino, en carne y en toda suerte de cosas. Después está Sahagún, donde reina la prosperidad; allí hay un prado en el que se cuenta que plantadas para glorificar a Dios las lanzas resplandecientes de los guerreros victoriosos se pusieron un día a florecer. Después está Mansilla y la ciudad de León, residencia del Rey y de la Curia, llena de toda clase de felicidad. Inmediatamente está Orbigo, después la villa de Astorga; después Ponferrada, Cacabelos, Villafranca sobre la embocadura del Valcarce; después el Campo de los Sarracenos; Villa Us; el paso del monte Cebrero y el hospital en la cima de este monte; después Linares. Después Triacastela al pie de ese Monte de Galicia, allí donde los peregrinos reciben una piedra que transportan hasta Castañola para hacer la cal que servirá para edificar la basílica apostólica. Después está el burgo de San Miguel; después Barbadelo; después el puente sobre el Miño; después Sala Regina, Palas del Rey, Leboeiro; después Santiago de Boente, Castañola, Villanova, Ferreiros; y, en fin, Compostela, la excelentísima ciudad del Apóstol, llena de toda delicia, que tiene la custodia del cuerpo precioso de Santiago, por cuya razón está reconocida como la más dichosa y la más noble de todas las ciudades de España.»

Quedaría incompleta esta introducción al Camino de Santiago si no se hiciera referencia al atuendo del peregrino que, inconfundiblemente, llevaba un sombrero, una capa más o menos larga, un bordón, esto es, una especie

de bastón muy largo y con regatón de hierro, que servía de apoyo y al mismo tiempo como arma defensiva, la concha o vieira, una calabaza para llevar el agua y una escarcela en donde guardar las limosnas y algunos alimentos para el camino.

Por las sendas que conducen  
al sepulcro del Patrón,  
un peregrino camina  
con su concha y su bordón.  
Viene de tierras lejanas  
a cumplir una promesa  
los pies descalzos sangrando  
descubierta la cabeza.  
Por el tiempo que camina  
lleva crecida la barba,  
las lluvias y los calores  
ya le han tostado la cara.  
Pide limosna en los pueblos  
rezando con devoción,  
trae capa de paño pardo  
y en la mano trae bordón.

Si bien es cierto que hubo quienes hicieron el viaje solos, sin embargo era muy frecuente hacerlo en grupos que iban formándose y conociéndose a lo largo del camino. Entre todos era más llevadero el clima duro, más fácil la defensa, y sobre todo más entretenidas las largas jornadas a pie. En unas ocasiones se narraban cuentos como los que recoge Chaucer, en otras contábanse unos a otros las peculiaridades de su país de origen, y las más de las veces iban cantando, como dice la cuarteta del vihuelista granadino Luis de Narváez, en el siglo xvi:

«El romero y peregrino  
cansado de caminar  
comienza luego a cantar  
por alivio del camino.»

Esto es importante porque poco a poco fue formándose un cancionero sobre temas jacobeos, recientemente recogido en el libro de Pedro Echevarría Bravo.

Entre todos ellos, el más conocido es el canto del «Ultreia», grito análogo al de los cruzados que se dirigían hacia Tierra Santa. En el ya citado *Codex Calixtinus* aparece ya este himno de peregrinos, el más viejo conocido, que utiliza el estribillo siguiente:

«Herru Santiago  
Got Sactiagu  
E ultreia, e sus eia  
Deus, aiuva nos.»

Este himno de peregrinos, en su texto completo, es, según Salazar, una de «las primeras muestras de polifonía a dos y tres voces», y se le conoce también como el «Canto de los peregrinos flamencos», pues al parecer a ellos se debe. Sea como fuere, el hecho es que pronto se hacen frecuentes canciones francesas («Lorsque nous partines de France...»), vascas («Pelegrinuac datoz Santiagotican...»), italianas («Guardati da Pellegrini...»), alemanas («Ouch was ir einem, drunder von Galitzenland...»), inglesas, noruegas, etc. No se olvide que el *Codex Calixtinus* dice que en Compostela se hablaban cien lenguas, y en este sentido su cosmopolitismo no tenía igual en la Península.

Junto al cancionero fue formándose igualmente un romancero de enorme interés. En todo ello tuvo intervención un singular peregrino: el juglar. Ya demostró Ramón Menéndez Pidal, en «Poesía juglaresca y juglares», el papel importante desempeñado por los juglares al poner en contacto la poesía narrativa, la lírica y los cantares de gesta de aquellos países que atravesaban en su caminar hacia Compostela. Recordemos igualmente lo que Unamuno dice a este respecto en sus «Andanzas y visiones de España»: «Los piadosos peregrinos que venían del centro de Europa a ese corazón de Galicia traían consigo leyendas, relatos, cuentos y cantares y fueron sus romerías uno de los vehículos de la cultura europea de entonces. La poesía trovadoresca galaico-portuguesa, la primera manifestación culta del lirismo en lengua romance en

la Península, prendió al contacto de chispas traídas de Provenza por los devotos romeros de Santiago.»

Toda esta literatura fue haciéndose eco de leyendas locales, viejas tradiciones, milagros y mil aspectos relacionados con el camino, desde las dificultades que encuentra el peregrino en algunos momentos (al pasar por la provincia de Burgos, por ejemplo):

«De tardajos a Rabé  
Liberanos, Domine,  
y de Rabé a Tardajos  
no te faltaran trabajos.»

hasta dar noticia de la presencia de los peregrinos célebres en la tumba del Apóstol:

«Ya se parte Don Rodrigo  
que de Vivar se apellida  
para visitar Santiago  
a donde va en romería.»

o bien en este otro bellísimo ejemplo de la canción juglaresca galaico-portuguesa:

Vai romera a Sant-Iago  
Doña Isabel de Aragón,  
Raíña de Portugal,  
En vez de vestes reaes,  
Traia un hábito de freira,  
Os ollos cheos e humilde,  
pedindo esmola na estrada!

Comencemos ya nuestro recorrido partiendo primero de Somport y esperando después en el Puente la Reina, al camino de Roncesvalles.

Desde muy antiguo se usaron los valles fluviales como caminos naturales, y algo de esto sucedió con el río Aragón que, una vez franqueado el puerto

pirenaico de Somport, ofrece como guía al peregrino, llevándole hasta las puertas de Jaca.

2 El Aragón se alimenta del deshielo de las encumbradas nieves pirenaicas que ofrecen a los ojos humanos un singular espectáculo. Son las primeras tierras que vieron los peregrinos. Es el primer obstáculo colosal que la fe de los jacobeos debía de superar al llegar a la Península.

3 Dejamos atrás el arruinado hospital de Santa Cristina, Canfranc, Villanúa, Castiello de Jaca y llegamos a la que fue capital del naciente reino de Aragón: Jaca. En efecto, Ramiro I, hijo de Sancho el Mayor de Navarra, hizo de Jaca, en 1054, capital del reino de Aragón. Su catedral se debió comenzar por entonces, y ya en el año 1063 debía de estar casi concluida. En esta fecha, el monarca convocó un concilio para dotarla y terminar las obras. En una de las actas de dicho concilio se lee: «Que él (el rey) empezó las obras del susodicho templo, y deseaba concluirlo y dotar su fábrica de ciertas rentas con que se completase su cubierta con abovedamiento de piedra a lo largo de las tres naves, desde la gran puerta de entrada hasta los altares mayores dispuestos en su cabecera; que se terminase la torre, ya comenzada a edificar sobre dicha puerta, para disponer en ella ocho campanas, y que su cubierta fuese también de piedra.» El edificio pasaría a convertirse en modelo para el románico castellano. Se trata de la más temprana solución románica resuelta con verdadero acierto. Consta de tres naves, una de crucero que no sobresale en planta, tres ábsides y un cimborrio sobre el crucero. De su interior tiene enorme interés la alternación de columnas con pilares cruciformes, llevando aquéllas magníficos capiteles esculpidos con hojas de acanto. Desgraciadamente, la iglesia sufrió algunas reformas posteriores, en las que desaparecieron las antiguas bóvedas de las que habla el texto transcrito, siendo sustituidas por las más ligeras de gótica nervadura. Con todo, su interior sigue resultando impresionante.

4 Siguiendo el curso del Aragón, que en Jaca cambia de sentido hacia Occidente, como queriendo señalar al peregrino por dónde debe dirigirse a Castilla, llegamos a un pequeño cruce que señala una de tantas desviaciones que nos llevan a rincones insospechados: San Juan de la Peña. Sancho el Mayor nombró, en el año 1020, abad del monasterio de San Juan de la Peña a Paterno, monje de Cluny. Poco después se iniciaron las obras del nuevo monasterio

románico, si bien se conservaría parte de la construcción anterior mozárabe. Como tantos otros antiguos cenobios españoles, está abrigado y protegido por una gran peña, que a la vez aparece amenazante. Allí estuvo el primer panteón de los reyes de Aragón, y el papel jugado por dicho monasterio en la formación de este reino pirenaico fue fundamental. Llamamos la atención sobre el magnífico claustro, que aunque rehecho primero en el siglo XVIII, por el Conde de Aranda, al igual que la iglesia, y siendo restaurado después en distintos momentos, conserva mucho de lo antiguo. En algunas partes se ha perdido prácticamente toda la estructura arquitectónica, conservándose afortunadamente la serie magnífica de capiteles historiados, en los que intervino un maestro que trabajaría en ellos durante la segunda mitad del siglo XII.

Tomando de nuevo el valle del Aragón, dirigimos nuestros pasos río abajo, hasta llegar a lo que hoy es el enorme Pantano de Yesa, en cuyas aguas remansadas se mira el monasterio benedictino de San Salvador de Leire. Esto ya en tierras de Navarra.

Allí existía un monasterio, por lo menos desde mediados del siglo IX, si bien su época de mayor auge arranca del establecimiento de una comunidad de la Orden de Cluny, llamada expresamente por Sancho el Mayor de Navarra, a comienzos del siglo XI. Lo más notable, sin duda, es su iglesia, consagrada en 1057, y la cripta, que sorprende a cuantos la ven por vez primera. En el interior de esta última presenciamos una de las imágenes más rudas y sinceras de la arquitectura románica. Se trata de los primeros tanteos arquitectónicos, muy anteriores a lo visto en Jaca o San Juan de la Peña. La tosca labra de esos enormes capiteles que hacen enanos los fustes de las columnas, la pétrea solidez de muros y bóvedas, etc., nos empujan hacia la comprensión de este lejano mundo medieval.

Sin dejar de la mano el río Aragón, y tras tomar éste las aguas del Irati, llegamos a Sangüesa, ciudad muy notable en la historia y en el arte navarro, fundada por Alfonso I el Batallador. Nos interesa especialmente la iglesia de Santiago, que hace alusión a la peregrinación con sus emblemas (bordón, concha y calabaza), y protegida por una recia torre con campanas y almenas, que hablan de su doble uso. Pero todavía tiene mayor interés la soberbia iglesia



de Santa María la Real, construida dentro de lo que fue palacio de Alfonso el Batallador, a finales del siglo XII.

6 Su portada es uno de los aspectos más singulares del arte románico peninsular. Destaca la variada decoración escultórica debida a distintos maestros, sobresaliendo por la belleza de las figuras un tal Leodegarius, de origen indudablemente francés, que hizo las espléndidas estatuas-columnas. De derecha a izquierda representan a María Magdalena, la Virgen María y María, madre de Santiago. La rigidez de las figuras impuestas por las columnas recuerdan obras francesas análogas, tales como el Pórtico Real de la catedral de Chartres.

7 Abandonamos el río Aragón y vamos en busca de Puente la Reina, pasando previamente por la pequeña y aislada iglesia de los Templarios, en Eunate. Su construcción data del siglo XII y consiste en una planta ochavada, con un ábside en uno de sus lados. Esta estructura poligonal imita la del Santo Sepulcro, para cuya defensa se creó precisamente la Orden del Temple. Un sencillo pórtico rodea la iglesia, si bien da la impresión de estar rehecho en el siglo XVII, conservando capiteles y elementos de los siglos XII y XIV.

Aquí dejamos al peregrino encaminado hacia Puente la Reina, y vamos a buscar el origen pirenaico de la ruta que atraviesa el legendario lugar de Roncesvalles.

8 Una antigua calzada romana partía desde Saint Jean de Pied de Port (en el Pirineo francés) hasta Astorga, y ella fue aprovechada casi en su totalidad por el llamado camino francés. Parte de esta calzada puede hoy verse entre dicha localidad de Saint Jean y Roncesvalles. Ella deja atrás el lugar de Valcarlos, el Puerto de Ibañeta y restos de antiguos hospitales y fundaciones jacobitas. El terreno, difícil y accidentado, unido a la altitud y a las abundantes nevadas, hacía de este tramo un lugar tan bello como arriesgado. Por ello, Alfonso el Batallador y el obispo de Pamplona construyeron en el fondo del valle, en el siglo XII, un monasterio con una iglesia, una hospedería y una pequeña capilla funeraria, donde atender a los peregrinos que habían sufrido la dura prueba del paso pirenaico, y en otras ocasiones enterrar, incluso, a los que por alguna causa enfermaban y morían en el camino. Se llamó Roncesvalles, recordando así la épica gesta de los Roldán, Turpín, Oliver y Carlomagno,

en su lucha contra el peligro musulmán. En estas tierras lloró amargamente Carlomagno ante la pérdida de Roldán, su sobrino, diciendo, según la versión de un juglar del siglo XIV:

«Con vuestro esfuerzo arriba entramos en España  
matastes los moros e las tierras ganábas,  
Adobé los caminos del apostol Santiago...»

(Del poema «Roncesvalles».)

Aquella primera fundación fue reformada y ampliada en varias ocasiones, si bien sigue siendo hoy un pequeño grupo de edificios, donde la primitiva iglesia pasó a ser Colegiata en tiempos de Sancho el Fuerte. Del antiguo monasterio resta parte muy restaurada del claustro gótico, con su Sala Capitular, donde yacen los restos del rey Sancho y su mujer. La vieja hospedería ha desaparecido completamente, y en su lugar se han levantado otros edificios para alojamiento y residencia de canónigos. Algo retirado de este conjunto, y como si fuéramos a continuar hacia Pamplona, se encuentra la pequeña capilla de Santiago, junto a la Capilla funeraria del Sancti Spiritus, lugar de enterramiento donde la leyenda dice haber sido sepultado Roldán.

No lejos de allí, y de camino hacia Burguete, se encuentra una de las muchas cruces de peregrinos que debían de jalonar el camino hasta Santiago, sirviendo de indicación segura. Esto nos recuerda la cruz que se encontraba en lo alto de Ibañeta, la primera de toda una serie, que al llegar allí, según Picaud, «los peregrinos acostumbran caer de hinojos y rezar de cara a la patria de Santiago». Sobre la cruz de Roncesvalles se lee: «Esta obra hizo facer donna Pía de Yaurieta. Anno D. M. CCC. XXI.»

Llegados a Pamplona, encontramos el núcleo más importante de población de toda esta zona a los pies del Pirineo. Buena prueba de ello es su magnífica catedral, construida entre 1397 y 1472, de la que vemos tan sólo un rincón de su bello claustro. La estructura gótica de éste reemplaza a una anterior, románica, hoy totalmente perdida, a excepción de unos bellos capiteles. La coronación de los arcos, que encierran bellas tracerías caladas, con un apuntado gablete, es una solución interesante y nada frecuente en los claustros gó-

ticos españoles, relacionándose mejor con algunos ejemplos franceses. Como nota curiosa puede añadirse que, contra lo que es frecuente, la construcción del claustro es anterior a la de la catedral misma, ya que aquél se comenzó hacia 1317.

11 La unión de los caminos vistos hasta aquí, Somport y Roncesvalles, tiene lugar a unos metros de Puente la Reina. Ambos se unen para pasar juntos el río Arga y juntos continuarán hasta Compostela. La razón de ser de la villa es precisamente su puente, y ya desde tiempos de Alfonso el Batallador se deseó fijar una población allí para que custodiara tan importante paso. Lo más notable es la ordenada disposición del núcleo urbano a lo largo del camino, con el cual coincide su «rua maior», siempre «poblada de los rumeus». Dicha calle mayor desemboca en el viejo puente tras pasar la puerta de la muralla, que hoy queda embebida en el caserío, pero que deja ver su perímetro rectangular en la planta de población. Destaca la gran torre del siglo XVIII, que señala el lugar donde se encuentra la modesta pero bella iglesia de Santiago (siglos XII-XV).

12 Fuera del recinto murado, entre la unión de los caminos susodichos y la villa, se levanta un interesante conjunto de hospital e iglesia, ambos unidos por un arco. El volumen del hospital, convertido hoy en un colegio religioso, puede dar idea de su importancia en otro tiempo. En su iglesia, bajo la advocación del Crucifijo, se encuentra una bellísima talla en madera de Cristo crucificado, de arte alemán.

13 Una vez en Estella, bañada por el río Ega, nos dirigimos a la iglesia más antigua de la ciudad, San Pedro de la Rúa, que data del reinado de Sancho el Fuerte. Su elevada posición, así como el carácter fuerte de su torre-fachada, le da el aspecto de una construcción militar, y que nos recuerda los tiempos difíciles e inseguros de la repoblación de las ciudades recién conquistadas a los musulmanes.

La obra principal se debió hacer hacia 1200, por lo que se encuentran allí elementos románicos, góticos, e incluso moriscos, como son los lóbulos del arco de la portada de la iglesia. Este y otros detalles son muestra de la huella dejada por la población mudéjar que siguió viviendo en Estella tras la Reconquista.

Entre los edificios de interés que ofrece Estella hay que destacar uno de los pocos ejemplos que restan de construcciones civiles románicas. Nos referimos al palacio de los duques de Granada, que hoy alberga un museo de pintura. Hace relativamente pocos años el edificio ha sido restaurado, y a pesar de las modificaciones sufridas en otro tiempo, conserva aún su peculiar carácter de sobriedad y reciedumbre propio de toda la arquitectura románica. El edificio se fecha hacia el siglo XII.

Abandonando Navarra y dejando atrás Torre del Río, Los Arcos y Viana, buscamos el valle del Ebro, a cuyas orillas se levanta la ciudad de Logroño, capital de la Rioja. Cuenta también con su iglesia de Santiago; sin embargo, hemos preferido acercarnos a su iglesia mayor, Santa María la Redonda, que es un símbolo de la ciudad, y cuya enorme fachada con sus dos torres se divisa desde muy lejos.

Exteriormente nada habla de sus naves góticas, pues la enorme fachada nos lleva a una de las realizaciones más felices e imponentes del barroco riojano. Tiene aquella un tratamiento muy singular al colocar la portada propiamente dicha, muy rica en decoración y ligeramente rehundida a modo de exedra, entre dos gruesos macizos desnudos que sirven de base a los restantes cuerpos de las torres. Torres que no son sino un puro juego de volúmenes prismáticos de desarrollo telescópico, con graciosos toques decorativos. La fachada data del siglo XVIII, interviniendo en su comienzo un tal Martín de Berratúa.

Muy corta es la distancia que separa Logroño de Nájera, ciudad en la que estuvo la Corte navarra en el siglo XI. Allí existía en estas fechas un monasterio cluniacense fundado por García VI de Navarra, conocido por «el de Nájera». De aquella construcción románica nada queda, pues en el siglo XV y siendo prior de esta comunidad Pedro Martínez de Santa Coloma, se hizo la actual iglesia.

A los pies de la nueva iglesia se levantó un panteón regio para los reyes de Navarra y sus familiares, pudiéndose ver en aquel lugar los sepulcros y estatuas de los García, Sanchos, Bermudos, etc. Enorme interés tiene el sepulcro románico de doña Blanca de Navarra que, instalado en una capilla de la iglesia, es uno de los pocos testimonios de la primitiva fundación. No puede pasar tampoco inadvertido el magnífico claustro, llamado de los caballe-

ros, construido después de la iglesia, entre 1517 y 1528. En él se funde de forma perfecta la estética de la arquitectura gótica y los motivos platerescos del Renacimiento. En efecto, en el claustro bajo vemos las labores caladas propias de los ventanales góticos, si bien sus elementos ya no son medievales, ya que sobre unas finas columnillas renacentistas se entreteje una compleja composición con motivos platerescos de diferente traza en cada uno de los huecos. El efecto producido es de gran riqueza y vistosidad. El segundo piso del claustro es ya decididamente renacentista, sin ningún deje medieval.

Antes de abandonar la provincia de Logroño, pasamos por uno de los lugares más estrechamente vinculados al camino, empezando incluso por su propio nombre: Santo Domingo de la Calzada.

- 17 Muy recto viene el camino desde Nájera y en otro tiempo ni siquiera daba la vuelta, como ocurre hoy, intentando esquivar el casco antiguo y pasando por delante del Convento de San Francisco. De nuevo nos encontramos con una ciudad que ha surgido sobre el camino y para el camino, pues, tras atravesar la calzada el pueblo por su calle mayor, llegamos al largo puente sobre el río Oja. Puente que como la catedral y hospedería —ambas en la calle mayor— fueron obra del patrón de estas tierras, Santo Domingo, en el siglo xi. Por encima de tejados se alza airosa la torre exenta de la catedral, a modo de campanile italiano, compitiendo con sus hermanas las torres de Santa María la Redonda, de Logroño. Un mismo maestro, Martín de Berrátua, trabajó en las tres durante la segunda mitad del siglo xviii.

«Burgos fue también villa de camino cuyo caserío, como en Estella y Castrojeriz, contorneaba la parte baja de un cerro, con una fortaleza en su cumbre, protegida por el Arlanzón y el arroyo Vena, confluentes a su pie.»

- 18 Así describe Torres Balbás, en su estudio sobre las ciudades «itinerarias», el nacimiento de la que con el tiempo sería gran ciudad castellana. Durante el siglo xii se fueron agregando nuevos barrios, y en el xiii se hizo una nueva cerca para proteger y convertir en uno solo los pequeños núcleos de población o «burgos». A este momento pertenecen algunas de sus más famosas construcciones que hablan de su pasada grandeza, tal y como ocurre con la imponente catedral, pieza clave en nuestra arquitectura gótica. La sucinta historia de su construcción es la siguiente: se colocó la primera piedra en 1221,

siendo rey de Castilla San Fernando; ya en 1230 se utiliza la iglesia para el culto, cerrándose las bóvedas en este mismo siglo. Su primer maestro fue, al parecer, un tal Enrique, que volveremos a encontrar en la catedral de León. Salvo la agregación de capillas y pequeñas reformas sin interés, nada ocurre digno de mención en el siglo xiv, mientras que en el xv recibió un impulso final que dio a la catedral su actual aspecto. En efecto, en 1442 se encarga al maestro alemán Hans de Colonia las apuntadas flechas de las torres de la fachada, y el elevado cimborrio sobre el crucero. Este se hundió y fue rehecho por Juan de Vallejo (1567). Hijo de Hans de Colonia fue Simón, autor asimismo de la Capilla del Condestable, que remeda en su punzante coronamiento la obra del padre. Un tercer miembro de esta familia, Francisco, haría la llamada Puerta de la Pellejería, en estilo renaciente (1516). Interminable sería describir lo que tal edificio encierra: nombres de maestros famosos, nobles enterramientos, rejas, retablos, etc., componen un conjunto único. No podía faltar en ella una capilla dedicada a Santiago.

De las portadas de la catedral sólo se conservan la citada plateresca, de Francisco de Colonia, y las dos góticas de la Coronería y del Sarmental, las tres abiertas en la nave del crucero, ya que las de su fachada principal fueron mutiladas en el siglo xviii, sufriendo una reforma la parte baja de la misma. La portada del Sarmental, por donde habitualmente se entra a la catedral, es quizá la más bella de composición y escultura. Su hueco está dividido en dos por un parteluz, donde se encuentra el obispo don Mauricio, iniciador de las obras de la catedral. Sobre él, un magnífico tímpano bajo tres arquivoltas, que se encuentra entre lo mejor de nuestra escultura gótica. En el dintel va un magnífico apostolado de finísima labra y sobre él un Cristo en majestad, rodeado del Tetramorfos y de los cuatro Evangelistas, que apoyados en sus pupitres escriben el Evangelio. El estilo de la portada, en general, se ha relacionado con la escultura gótica de la Catedral de Amiens. Muy posteriores son las seis esculturas que están bajo las arquerías laterales.

Muy cerca de Burgos y al otro lado del río Arlanzón se levanta la Cartuja de Miraflores, edificio espléndido del siglo xv, debido a la ya citada familia de los Colonia. En su iglesia yacen los restos del rey Juan II de Castilla y de su mujer doña Isabel de Portugal, padres de Isabel la Católica, debido al gran

escultor Gil de Siloe (1486-1493). Este mismo maestro hizo el retablo mayor de la iglesia y este soberbio sepulcro del infante don Alfonso, hijo igualmente de dichos reyes. Entraña la novedad de presentar al difunto de rodillas y en actitud orante, frente a la tradicional colocación del yacente. Su material, el alabastro, se presta al virtuosismo decorativo típico del gótico final. Gil de Siloe lo terminaba también hacia 1493.

- 21 Siguiendo nuestro camino hacia Compostela por la misma orilla izquierda del Arlanzón, topamos, sin perder aún de vista Burgos, que queda a nuestra espalda, con el impresionante conjunto del Monasterio de las Huelgas Reales, el más importante monasterio de monjas cistercienses de Castilla. Fue fundación (1187) de Alfonso VIII y doña Leonor de Inglaterra, que lo dotaron magníficamente, haciendo de su iglesia panteón real. Su interior guarda una riquísima y variada colección de obras de arte que el tiempo y las continuas donaciones han ido acumulando allí. Exteriormente dista mucho el edificio de las filigranas de la catedral burgalesa; por el contrario, como conviene al espíritu de la Orden del Cister, predomina la sobriedad más austera. El conjunto de la iglesia, torre y pórtico lateral muestran una simple composición de volúmenes geométricos con mucho de cubista.

Junto a las Huelgas se halla un importante hospital de peregrinos, llamado «del Rey», fundado igualmente por Alfonso VIII. De la primitiva construcción nada queda, pues fue transformado varias veces. Hoy puede verse la última reforma hecha en tiempos de Carlos V, concretamente en 1526, según reza la inscripción que va sobre la Puerta de los Romeros.

Por Castrojeriz, que conserva muchos aspectos interesantes relativos al camino, nos dirigimos hasta lo que hoy es límite entre las provincias de Burgos y Palencia. Esta vez la separación se efectúa por un gran río, el Pisuerga. A un lado y otro, dos pueblos de parecido nombre: Itero del Castillo (Burgos) e Itero de la Vega (Palencia).

- 22 El paisaje ofrecido por las tierras palentinas es en sí mismo un magnífico espectáculo, la antítesis del visto en Roncesvalles y Somport. El peregrino debía atravesar enormes llanuras donde el sol y la escasez de agua suponen un grave problema. Es inevitable recordar aquella frase de Picaud cuando dice en su «Guía» que esta tierra castellana «está desolada de bosques».

Comienza nuestro recorrido palentino por Frómista, cuya iglesia de San 23 Martín pasa por ser modelo perfecto y acabado de una estructura románica. Al parecer, fue iglesia de un monasterio benedictino que quizá no se llegó a construir. La obra se costeó con el testamento de la reina navarra doña Mayor, viuda de Sancho el Mayor, que dejó sus bienes a esta fundación (1066). La iglesia muestra, como dice Camps, «la estela de Jaca en lo castellano», pues indudablemente su planta, alzado y decoración tienen que ver mucho con aquella catedral. Exteriormente se adivina perfectamente la organización interior: tres naves, con sus tres ábsides, otra de crucero sobre la que se alza el cimborrio y las torres cilíndricas de la fachada que alojan en su interior una escalera de caracol. Por lo demás, los huecos, impostas de tacos o billetes, las columnillas de los ábsides, aleros y canecillos, evidencian la efectiva influencia jaquesa.

Muy cerca ya de Carrión de los Condes se pasa por Villalcázar de Sirga, 24 donde puede admirarse la que fue iglesia de Templarios, Santa María la Blanca. Fue construida en el siglo XIII y es un magnífico ejemplo de la arquitectura gótica de este momento, que poco a poco va creando un lenguaje expresivo propio. Cuenta con una interesante portada de claro influjo burgalés, tanto por su composición (portada y friso alto) como por el estilo de la propia escultura. En las arquivoltas, que arrancan sobre gruesas columnas de claro sabor románico todavía, van figuras de ángeles y santos, mientras que el friso alto recoge a Cristo en majestad, rodeado del Tetramorfos y unos apóstoles. En el piso bajo es la Virgen, por el contrario, la figura central: Se trata de Epifanía. Las dos figuras de la derecha, en este mismo friso, representan la Anunciación. En el interior se conserva la Virgen Blanca, cuyos milagros recogió Alfonso X en sus Cantigas:

Romeus que de Santiago  
Yan forun-lle contando  
os miragres que a Virgen  
faz en Vila-Sirga.

Lo más notable de la casi perdida iglesia de Santiago en Carrión de los 25 Condes es el bello friso de su fachada, con una composición ya clásica en la

escultura románica del siglo XII. Se trata de la visión apocalíptica de San Juan, en la que aparece el Pantocrátor con su libro y en actitud de bendecir, dentro de una mandorla. La rodean los cuatro símbolos de los Evangelistas o Tetramorfos. La figura del Salvador, su rostro, el trato de las ropas y plegados; etc., hacen de esta pieza una de las mejores del momento.

- 26 Ya dentro de la provincia de León llegamos a Sahagún, población con notables edificios que recuerdan la peregrinación, tales como las iglesias de Santiago y de la Peregrina. Pero no dirigimos nuestros pasos hacia allí, sino a uno de los monumentos príncipes de nuestra arquitectura española, por lo que tiene de original creación. Se trata de la iglesia de San Lorenzo, construida en el siglo XIII, en ladrillo, donde se hermanan la organización tradicional de las iglesias románicas y una decoración de origen musulmán, que da lugar al denominado estilo mudéjar. En efecto, en el ábside semicircular de ladrillo aparecen una serie de arcos de herradura, ciegos y encuadrados por un alfiz, es decir, una solución típicamente musulmana. Grandiosa resulta la torre campanario sobre el tramo inmediatamente anterior al presbiterio. Además de las iglesias citadas, Sahagún cuenta con otras como San Tirso, que forma un conjunto mudéjar único y que hace de la ciudad la capital del mudéjar castellano-leonés.

Una de las reliquias más visitadas por los peregrinos en este caminar hacia Compostela era la de San Isidoro de Sevilla, bajo cuya advocación se construyó en León una iglesia, entre 1054 y 1063, fundada por los reyes don Fernando I y doña Sancha.

- 27 La edificación comprendía dos partes: una iglesia, prácticamente perdida, y un pórtico a los pies de mayores proporciones que la iglesia misma. Dicho pórtico constituye uno de los conjuntos románicos más interesantes de cuantos pueden verse. Su planta consiste en un núcleo cuadrangular, con dos columnas en el centro que dan lugar a seis tramos abovedados, y una nave que lo rodea por dos de sus lados. Sobre las columnas de cortas proporciones y enormes capiteles voltean arcos de medio punto ligeramente rebajados, logrando una temprana y completa estructura netamente románica, quizá la primera de todo el reino leonés. La escultura de los capiteles es igualmente notable, tanto en las dos hermosas piezas de orden corintio y perfil bizantino, que van sobre

las columnas exentas, como en los demás capiteles que llevan diferentes motivos e historias. Por último, hay que decir que el conjunto de los frescos de la bóveda es uno de los más bellos de la pintura románica europea. Escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, la representación de los meses, animales, etc., componen su variada iconografía.

Entre los siglos XI y XII, doña Urraca primero y Alfonso VIII después, construyeron una nueva y más amplia iglesia sobre la ya descrita, de enorme interés también.

En ineludible dirigirse después a la catedral, pieza excepcional de nuestra 28 arquitectura gótica del siglo XIII. Allí existió anteriormente una construcción, debida a Ordoño II, que fue derribada por Almanzor en una de sus incursiones por los reinos cristianos; sobre aquella ruina se erigió luego una modesta catedral románica entre 1055 y 1073. La importancia cobrada por León en la Reconquista, su crecimiento, etc., exigió un edificio de más amplias proporciones y de acuerdo con la nueva estética arquitectónica del estilo gótico. En 1205 se trabajaba en la cimentación de la actual catedral, pero la obra gruesa no debió de empezarse hasta 1255, siendo obispo Martín Fernández y rey de Castilla Alfonso X el Sabio. Se comenzó por la cabecera y en poco menos de cincuenta años ya estaba prácticamente acabada (1302). De ahí la unidad de la planta, alzados, decoración, etc., si bien es cierto que hasta el mismo siglo XVI se le fueron añadiendo algunos elementos. Se apunta como tracista de la obra al maestro Enrique, que ya había trabajado en la catedral de Burgos, maestro posiblemente francés o al menos muy influenciado por lo francés. Pues, como dice Chueca, refiriéndose a la planta, la catedral de León parece «un modelo reducido (aproximadamente un tercio) de la catedral de Reims». Consta de tres naves, que se exteriorizan en la fachada por el triple portal entre las dos gruesas torres, más otras tres de crucero, que exigen igualmente una división tripartita en sus correspondientes fachadas, y una girola con cinco capillas poligonales. Por otra parte, los alzados de sus fachadas recuerdan en algunos aspectos a las de Amiens y Chartres, al igual que algunos detalles de sus esculturas. No obstante, hay que decir que el edificio, que era una pura ruina a principios del pasado siglo, fue restaurado quizá en demasía. Restauración efectuada por hábiles arquitectos, pero en un momento de fervor neogoticis-

ta y purista, al modo de Viollet-le-Duc, lo cual no siempre la benefició, como puede verse en todo el paño central de la fachada principal, y en la fachada sur del crucero.

29 De su interior muchas cosas podrían decirse, pues, como todas las catedrales españolas, sus muros custodian obras de incalculable valor histórico-artístico. Mas hay algo en la de León verdaderamente único: sus vidrieras. En efecto, su rica colección de vidrieras, también muy restauradas en el pasado siglo, producen en su interior una luz irreal, multicolor y fascinante. Puede verse allí algo que desde el exterior apenas se aprecia: la desaparición del muro. En efecto, tras haber visitado en nuestro camino lugares como la cripta de Leire o San Martín de Frómista, donde el edificio se impone por su masa sólida, potente y ciega, esta arquitectura gótica de la catedral de León se nos convierte en algo ligero, transparente, donde el concepto de masa es sustituido por el vano, desarrollándose precisamente en ese hueco el arte mágico de la vidrera.

30 Si el pórtico de San Isidoro y la catedral son, cada uno en su estilo —románico y gótico—, ejemplos acabadísimos, no dejaremos León sin ver una pieza igualmente maestra de la arquitectura del Renacimiento. Nos referimos a San Marcos, en otro tiempo casa matriz de la Orden de Santiago de aquel reino leonés, y hoy convertida en una empresa hotelera de gran lujo. La obra pensó hacerse ya durante el reinado de los Reyes Católicos, encargándose de la traza Pedro Larrea; sin embargo, la obra comenzaría más tarde. La iglesia (a la derecha) estaba terminada ya en 1541, y lleva en su fachada, todavía gótica, una serie de conchas que no desmienten su primer destino. Su interior tiene una estructura típicamente conventual. El resto de la horizontal fachada fue hecha en dos épocas muy distintas, pero con un gran sentido unitario. En efecto, la zona comprendida entre la iglesia y la portada de ingreso al convento se labró entre 1533 y 1541, en un delicado estilo plateresco, con decoración de grutescos, guirnaldas, balaustres, y una espléndida colección de medallones con bustos de héroes (en la zona inferior de la fachada), en las que intervinieron Juan de Badajoz y Juan de Juni. Ya en el siglo XVIII se siguió con gran acierto la fachada y torre angular hasta la orilla del río, así como el remate de la portada por encima de la cornisa. Sus maestros, Juan

de Rivero y Martín Susniego, respetaron la organización de la primera fachada plateresca reproduciendo con todo cuidado su alzado, al mismo tiempo que introducían elementos propiamente barrocos, como la peineta sobre la portada o el balcón que hay entre ambas, pero sin producir ruptura alguna, sino todo lo contrario, pues la fachada toda parece haberse hecho de una sola vez.

Dando la espalda al convento, cruzamos el río Bernesga por el puente llamado de San Marcos, saliendo por allí de León en dirección a Astorga. 31

En esta última ciudad existía un gran Hospital de San Juan, fundado hacia el siglo XI, pero de él nada queda prácticamente. El vestigio medieval más importante de la ciudad lo constituye su espléndida catedral, comenzada en 1471 sobre la anterior, de modo que se iba construyendo según se derribaba la existente. Su gran fachada se hizo ya en el siglo XVII, y pese al empeño de enmascarar su estructura gótica, ésta aflora por la lógica misma de la construcción. Ante la fachada de Astorga es inevitable el recuerdo de la catedral de León. Las gruesas torres flanqueando la fachada, el esbelto cuerpo de la nave central sostenido en alto por dos series de arbotantes, el rosetón, remate final, etc., señalan de modo muy claro su influjo. Lo que ocurre aquí es que cada uno de los elementos integrantes del alzado responden a un lenguaje barroco que tiende a imitar motivos platerescos y renacentistas en general. Las mismas torres, con sus chapiteles de pizarra al modo madrileño, hacen de esta fachada una pieza rara dentro de nuestra arquitectura. Una composición semejante se repite en la fachada del Ayuntamiento de la propia Astorga. 32

Antes de entrar en Galicia, la calzada pasa por Ponferrada, donde de nuevo encontramos una construcción de los Templarios. Nos referimos al magnífico castillo —hoy muy abandonado— de Ponferrada, que debió de tener la misión de proteger y asegurar el paso de los peregrinos por el puente sobre el río Sil, pues la fortificación domina perfectamente la cabeza de dicho puente. Esta puerta pertenece al segundo recinto, con una entrada protegida por dos cubos con sus correspondientes almenas y matacanes. En el interior se conservan restos de lo que fue convento, iglesia, sala capitular y plaza de armas. Exteriormente, la fortificación iba defendida por un profundo foso, hoy cegado. 33

- 34 Al llegar a Galicia, todo cambia, sobre todo la lengua y el paisaje. La primera, especialmente apta para la evocación poética, ha sabido captar muy bien los acentos tímbricos del segundo, pues sin duda algo de musical se percibe en aquella tierra de la gaitiña.

Dòces galleguiños aires  
quitadoiriños de penas,  
encantadores d'as augas,  
amantes d'as arboredas;  
música d'as verdes canas,  
d'o millo d'as nosas veigas;  
alegres compañeriños,  
run-run de total-as festas,  
leváime n-as vosas alas  
com'unha follina seca.

(De «Cantares Gallegos», de Rosalía de Castro.)

- 35 Uno de los monasterios más poderosos de Galicia fue, sin duda, el de San Julián de Samos, habiendo llegado a tener en algún momento poder sobre doscientas villas y quinientos lugares, según recoge Amor Mailán en su «Geografía del Reino de Galicia». El origen del monasterio es igualmente muy remoto (siglo VI) y confuso, siendo ya seguro que Ordoño II lo reconstruyó y pobló en el año 934, llevando allí a diecisiete frailes del monasterio de San Juan de la Peña. Desde entonces la comunidad de Samos no dejó de recibir donaciones y privilegios de los reyes de León y Castilla. En el siglo XII aceptó la reforma de Cluny, convirtiéndose pronto en un importante foco de irradiación cultural. Poco a poco fue creciendo en torno al Monasterio una pequeña población, al mismo tiempo que aquél iba haciendo más grande su propia casa. En el siglo XVI y siendo abad Lope de la Barrera, sufrió el monasterio un incendio que convirtió en cenizas toda su grandeza. Inmediatamente comenzó su reconstrucción, que duró hasta el siglo XVIII, en estilos muy distintos. Actualmente la zona más antigua la componen las crujiás del llamado claustro de las Sirenas, por una fuente que lleva este motivo. Sus sencillas nervaduras

góticas son el único vestigio de aquel Samos medieval, que luego en el siglo XVIII vería por sus claustros y dependencias la singular figura de Feijoo, que allí tomó sus hábitos.

A orillas del Miño, todavía en tierras lucenses, se encontraba hasta hace 36 algunos años la pequeña población de Portomarín, lugar sobre el mismo camino francés, a cuya costa corría el cuidado del antiguo puente sobre el río. La formación de un pantano sobre este cauce motivó el traslado del pueblo a una zona más elevada, donde sigue destacando el sólido volumen de la iglesia de San Juan por encima del nuevo caserío. Dicha iglesia es uno de los ejemplos más acabados de los templos-fortaleza, debido al peculiar remate de la misma a base de unos torreones y almenas, unidos entre sí por su correspondiente camino de ronda. El interior de la iglesia produce magnífico efecto por su amplitud y visualidad, ya que se trata de una nave única con capillas entre contrafuertes. Es de gran interés la solución del rosetón sobre el ábside, lo cual aumenta la luminosidad del interior. Por éste y otros detalles, tales como el grosor de las nervaduras y el ligero apuntamiento de los arcos fajones, que son las primicias del gótico, mezclados con elementos todavía puramente románicos, cuales son las medias columnas, arcos de medio punto, etc., puede datarse la iglesia entre los siglos XII-XIII, como caso típico de transición entre ambos estilos.

«Y en fin, Compostela, la excelentísima ciudad del Apóstol, llena de toda delicia, que tiene la custodia del cuerpo precioso de Santiago, por cuya razón está reconocida como la más dichosa y la más noble de todas las ciudades de España.» (Picaud.)

No es necesario insistir en que la gran catedral es el núcleo central de la ciudad en torno al cual se ha ido desarrollando la población.

Contra lo que pudiera esperarse, ésta no es en su aspecto externo una ciudad medieval, sino una ciudad barroca que, conservando su antiguo trazado y sus viejos edificios, los ha disfrazado bajo un retórico y exuberante ropaje. El ejemplo más claro es la propia catedral, cuya solemne fachada se oye como un gran sermón barroco. Pero hay además otros muchos detalles, sobre todo los ornamentales, como apunta Chueca, es decir, las escalinatas, pretilles, balaustradas, fuentes, remates, etc., también barrocos, que dan a la ciudad un



sabor inconfundible, mostrando al mismo tiempo que Compostela en los siglos XVII y XVIII sigue siendo una ciudad de primer orden.

37 Lo que desde luego es evidente, al margen de una y otra interpretación, es que cuando uno se acerca a Compostela no son las agujas o torres de una catedral gótica las que señalan su emplazamiento, como ocurre en Burgos o León, sino unos colosales hitos graníticos de los siglos XVII y XVIII. Es ésta la imagen de una Compostela que no pudo ver Picaud en el siglo XII.

La gran plaza presidida por la catedral, con sus dos torres de la fachada y una tercera llamada «del Reloj», está delimitada además por el gran Hospital de los Reyes Católicos, de interesantísima planta cruciforme inscrita en un rectángulo, por el Palacio Rajoy —actual Ayuntamiento de magnífica fachada neoclásica—, frente por frente a la catedral, y por último el Colegio de San Jerónimo, que cierra la gran plaza por el lado sur, en fachada paralela al Hospital.

Antes de entrar en el templo del Apóstol, digamos algo de la soberbia fundación del Hospital Real.

38 En 1499, Fernando e Isabel encargaron a los hermanos Enrique y Antón Egas las trazas de un hospital en Santiago para los peregrinos llegados a la ciudad. El edificio se llevó a cabo en un tiempo record de diez años (1501-1511), como dice la inscripción de la portada. Su planta es de enorme interés y análoga a la de los hospitales de Santa Cruz de Toledo y Real de Granada, debido a los mismos maestros. Su disposición cruciforme en torno a un núcleo central se debe a la disposición de las camas en torno siempre del altar colocado en el cruce de las dos crujías. Así como ciertos detalles del interior, tales como los machones del crucero, son de un gótico delicadísimo, muy propio del llamado estilo isabelino, la portada, que fue por donde se terminó el edificio, muestra el viraje sufrido en poco tiempo hacia las formas renacentes. En efecto, la rica decoración del hueco de ingreso es un bello muestrario del repertorio plateresco, si bien hay que indicar que la composición y ordenación general responde todavía a un esquema gótico del siglo XV. Así puede verse en el abocinamiento y arquivoltas del hueco de entrada, en la colocación de las esculturas bajo doseles, o incluso en el sentido ascendente y verticalista del conjunto que

si bien queda rematado por una bella composición de flameros renacentistas, dan la impresión en suma de una recortada crestería gótica.

Además de los consabidos temas platerescos de «candelieri» es importante señalar la presencia de dos medallones, con las cabezas de Isabel y Fernando, en las enjutas del arco; el apostolado que a modo de friso va colocado inmediatamente encima; las figuras de Adán, Santa Catalina, San Juan Bautista y San Pedro, en la calle de la izquierda; Eva, Santa Lucía, Santa Isabel y San Pablo, en la calle de la derecha; las figuras de la Virgen con el Niño y San Juan Evangelista, a la derecha del hueco alto, y las del Salvador y Santiago peregrino, a la izquierda del mismo. Algunas de estas esculturas se terminaron, según parece, hacia 1520 por los escultores Martín de Blas y Guillén Colás.

Si giramos sobre nuestros talones, dejando a la izquierda la portada del 39 Hospital, veremos la sin par fachada del Obradoiro, la obra maestra del arquitecto Fernando Casas y Novoa. Arruinada en parte la antigua fachada románica, quedaban en pie algunos cuerpos de la Torre de las Campanas, y ya en el siglo XVII el arquitecto Peña de Toro, aprovechando su base y forrándola, levantó la actual Torre de las Campanas, con un remate de inspirada originalidad. Ella sirvió de modelo, en el siglo XVIII, a Casas y Novoa, que la repitió exactamente igual: es la llamada Torre de la Carraca. Estas últimas obras debieron comenzarse hacia 1738, y en 1742 la fachada estaba prácticamente terminada. El gran acierto de Casas fue el levantar una auténtica fachada sin ninguna vinculación estructural con el interior, pero con una gran vitalidad propia. En sí no es sino un puro juego decorativo de gran fluidez, con sólo algunos elementos arquitectónicos, como las columnas, que sujetan de algún modo la libre y caprichosa expansión de los temas ornamentales. Al mismo tiempo no cabe duda que, llevado de un deseo de monumentalidad, Casas subrayó toda una serie de acentos verticales, produciendo así un efecto verdaderamente grandioso.

No es fácil sospechar que tras una obra tan decididamente barroca puede 40 encontrar el peregrino de hoy una pieza tan sentidamente medieval. Este Pórtico de la Gloria fue la imagen ansiada de tantos y tantos peregrinos a lo largo de los siglos. Muy larga sería la descripción de cada una de las figuras de este



Pórtico, que pasa por ser una de las más exquisitas de todo el arte medieval. Bátenos saber aquí que el tema representado en el gran tímpano es el Cristo Majestad, rodeado del Tetramorfos, y acompañado de los símbolos de la Pasión que unos ángeles llevan en sus manos. En la gran arquivolta y en disposición radial, los veinticuatro ancianos del Apocalipsis. Sobre el parteluz que descarga el tímpano, la figura del apóstol Santiago, y a la misma altura, a su derecha e izquierda respectivamente, un grupo de profetas y un grupo de santos. Son aquéllos a los que alude la gran poetisa Rosalía de Castro, nacida precisamente en Santiago y a cuyo templo dedicó poemas enteros, como «N-a Catedral», o bien hace alusiones directas en otros, como «Amigos vellos», del cual transcribimos el siguiente fragmento:

¿Quén fora pedra, quén fora santo  
d'os qu'álí ahí!  
coma San Pedro, n-as mans as chaves,  
c'o dedo en alto como San Xoan,  
unhas tras outras xeneraciones  
vira pasar,  
sin medo â vida, que da tormentos,  
sin medo â morte, que espanto da.  
Lago s'acaba d'a vida a triste  
pelerinax.  
Os homes pasan, tal como pasa  
nube de vran,  
y as pedras quedan... e cand'eu morra,  
ti, catedral,  
ti, parda mole, pesada, e triste,  
cand'eu non sea, t'inda serás.

La obra en su conjunto, arquitectura y escultura, se debe al maestro Mateo, y se debió de ejecutar entre 1168 y 1188. Nótese la presencia de unas nervaduras en la bóveda, pues posiblemente se trate de las primeras experiencias que se hacen en la Península.

Sobre el parteluz, ya se dijo, se encuentra el apóstol Santiago, sentado y apoyando su mano izquierda en su bastón, como descansando de un largo viaje. Su rostro, algo inexpresivo, está modelado con gran exquisitez, siendo igualmente notable el estudio de las ropas que transmiten una cierta blandura a la piedra misma. La escultura, como el resto del Pórtico, conserva algo de policromía, si bien no es la original, sino debida a posteriores repintes. ¡A cuántos hombres no habrá escuchado este Apóstol! Existe en Galicia un romance muy popular, el de Don Gaiferos de Mormaltán, que tras la peregrinación murió ante la imagen de Santiago:

Gracias, meu Señor Santiago  
A vosos pés me tés xa.  
Sequeres tirarm'a vida  
Pódesma, Señor, tirar.  
Porque morrerei contento  
N'esta Santa Catedral.  
Y-o vello das barbas longas  
caín tendido no chan.  
Cerrou os seus ollos verdes,  
Verdes com'auga do mar.  
O obispo qu'esto veu  
Alí o mendou enterrar.  
Así morreu, meus señores,  
Gaiteros de Mormaltán.  
Est-è un d'os moitos milagres  
Que Santiago Apóstol fai.

Tras recorrer sus naves, girola y capillas, descendemos a la cripta, bajo la capilla mayor, donde se encuentran los restos del Apóstol. En 1879, tras unas minuciosas excavaciones en el subsuelo de la catedral, aparecieron unos restos que se identificaron con los de Santiago. Para conservarlos y exponerlos a la veneración de los fieles se encargó a José Losada, en 1886, una arqueta que fue trabajada por plateros compostelanos, cuyo oficio tiene allí una larga tradición.

Es una pieza típicamente neomedieval, bien labrada, en cuyo frente aparece el Pantocrátor y Tetramorfos, acompañado de una serie de imágenes de santos bajo unas arquerías treboladas. La tapa lleva como tema principal el Crismón y dos vicirras, sobre un fondo escamado.

- 43 La catedral de Santiago tiene, además del Pórtico de la Gloria, otros dos pórticos que se abren en los extremos del brazo del crucero. Uno lleva el nombre de la Azabachería, refiriéndose con ello a la industria de azabaches asentada en aquel lugar. Los azabaches compostelanos, hallados después en toda Europa con sus típicas formas de higas, conchas, imágenes del Apóstol, etc., eran los recuerdos más frecuentes que el peregrino llevaba a su lugar de origen, sobre todo a partir del siglo xiv. Los azabaches se convirtieron en una rica fuente de ingresos, por lo que hubo de regularse su comercio, para evitar abusos, a través del Gremio y «Cofradía de Santa María del oficio de los azabacheros de Santiago» (1443). Del Pórtico Románico nada queda, habiendo sido sustituido por una fachada neoclásica debida a Ventura Rodríguez. El segundo pórtico aludido recibe el nombre de las Platerías, único punto por el que se exterioriza la estructura románica de la catedral. El gremio de plateros tuvo allí desde siempre instalados sus talleres. Su doble hueco de entrada débese a los dos tramos abovedados que hay tras ella, esquema que se repite en los vanos altos que iluminan el interior. Sin duda, lo más interesante es la serie de esculturas, de distinto tema y estilo, en las que se han querido ver piezas procedentes de diversos talleres y lugares engastadas en aquella fachada. En algunas se ha reconocido la hábil mano del maestro Esteban, con el cual se relaciona la conocida Puerta del Perdón, en San Isidoro de León. La portada toda, obra del siglo xi, pasa por ser uno de los mejores especímenes en su género. No muy lejos del centro de la ciudad queda la ex colegiata de Santa María la Real de Sar, con un magnífico claustro. Llama la atención la robustez de sus potentes machones que alternan con frágiles columnillas. La bella y animada decoración de sus arcos y capiteles dan a este claustro románico un acento muy local.

El nombre de Sar nos lleva finalmente hacia el mar, hacia la ría de Arosa, 45 por donde hace mucho tiempo dos hombres, Teodoro y Atanasio, trajeron en una barca el cuerpo muerto de Santiago, llamado el Mayor. Mientras reflexionamos sobre lo visto hasta aquí, escuchamos el comienzo de aquellos versos de Rosalía de Castro, «En las orillas del Sar»:

Cuán hermosa es tu vega! Oh Padrón! Oh Iria Flavia!